



# Ciencia Nueva

*Revista de Historia y Política.*



Universidad  
Tecnológica  
de Pereira



UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI SALERNO

Maestría en Historia

Maestría en Ciencia Política

DOSSIER ESPECIAL

“PERSPECTIVAS SOBRE LOS CIEN AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA”

**PARA UNA LECTURA DE “EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN” CIEN  
AÑOS DESPUÉS. NECESITAMOS UNA NUEVA ESTRATEGIA  
REVOLUCIONARIA**

FOR A READING OF “EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN” HUNDRED YEARS LATER. WE NEED A  
NEW REVOLUTIONARY STRATEGY

**Luis Felipe Marín Guzmán**

pp. 32-41

*Vol. 2 Núm. 3, Diciembre de 2018  
Pereira, Colombia*

**PARA UNA LECTURA DE “EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN” CIEN AÑOS DESPUÉS. NECESITAMOS UNA NUEVA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA\***  
**FOR A READING OF “EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN” HUNDRED YEARS LATER. WE NEED A NEW REVOLUTIONARY STRATEGY**

Luis Felipe Marín Guzmán\*\*

felipemarin7@gmail.com

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-7877-2738>

---

**Recibido:** 01 de febrero de 2018  
**Revisado:** 05 de marzo de 2018  
**Aceptado:** 19 de noviembre de 2018  
**Publicado:** 05 de diciembre de 2018

---

*“Sólo la lucha decidirá en qué medida podremos (en fin de cuentas) avanzar, qué parte de nuestro elevado objetivo lograremos realizar y qué parte de nuestras victorias conseguiremos consolidar. Ya veremos. Pero desde ahora es evidente que, para un país arruinado, atormentado, atrasado, se ha hecho muchísimo en cuanto a la transformación socialista de la sociedad. (...) Nosotros hemos empezado. Poco importa saber cuándo, en qué plazo, los proletarios de qué nación llevarán las cosas a término. Lo importante es que se ha roto el hielo; que está abierto el camino e indicada la dirección”.*

**Discurso de Lenin a cuatro años del triunfo de la Revolución soviética.**

## Introducción

**F**iguradamente, podríamos decir que las salvas del crucero aurora sobre el Palacio de Invierno inauguraron a golpe de cañón el siglo XX, pero también que la defunción de esta centuria se expidió simbólicamente a golpe de martillo y cincel en 1989 con la caída del Muro de Berlín alrededor del cual Occidente construyó el imaginario del “telón de acero comunista”. Hablar de la revolución soviética es, siguiendo la idea de Eric Hobsbawm, hablar de la trayectoria vital del corto siglo XX en el que nuestro presente inmediato, con todos sus avatares, tiene sus raíces más profundas.

Si no fuera porque el pasado interpela en forma permanente al presente, no tendría sentido estar aquí discutiendo de un proceso ocurrido cien años atrás. Para quien escribe, la Revolución soviética no es ni una curiosidad historiográfica vestida de fiebre conmemorativa, ni un objeto de veneración fosilizado por el inclemente paso de los años.

---

\* El presente artículo respeta las directrices y normas dispuestas en la Declaración de Ética de Publicación de Ciencia Nueva, Revista de Historia y Política. Esta declaración puede consultarse en la página web de la revista: [revistas.utp.edu.co/index.php/historia](http://revistas.utp.edu.co/index.php/historia). Este artículo corresponde a una versión mejorada de la ponencia “‘El Estado y la Revolución’ hoy”, presentada por el autor en el Coloquio “Perspectivas sobre los cien años de la Revolución rusa” realizado por la Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira el 21 de noviembre de 2017.

\*\* Historiador de la Universidad de Caldas, estudiante de Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira y activista de la FUN-Comisiones MODEP. Profesor de la Universidad La Gran Colombia, Armenia.

Para mí, la revolución soviética es ante todo una caja de herramientas para hacer realidad la undécima tesis de Marx sobre Feuerbach: buscar pertrechos que ayuden efectivamente a transformar el mundo y no sólo a contemplarlo o estudiarlo. Con este enfoque se interroga aquí este proceso del pasado que, como Lenin señaló, tiene el mérito de haber sido capaz de señalar un rumbo en medio de la más oscura incertidumbre y de fabricar las llaves para abrir las puertas de la historia con todos los pronósticos compitiendo en contra, incluidos los del propio marxismo.

Hablar de la vigencia o no de un pensamiento exige asumir dos ideas: la primera, es que ninguna obra, planteamiento, sistema teórico o posición, por poderosa que sea, es inmune al paso del tiempo y a los cambios que el mundo produce en su transcurrir; la segunda, es que la única forma de prevenir el anquilosamiento en las ideas es poniéndolas en movimiento, o sea a contra luz de los tiempos que corren. Esa es justamente la intención que me anima a discutir críticamente, cien años después, una de las obras capitales de Vladimir Lenin: “El Estado y la Revolución”, concebida y materializada en medio de los vertiginosos alzamientos obreros, campesinos y populares que sacudieron a Rusia en 1917 y que desembocaron en el corolario insurreccional de octubre. Hay que decir que, como toda obra revolucionaria, este texto está pensando y echando mano de la teoría como una guía para la acción que le permite enfrentar la resolución de un problema práctico.

Dos pilares imprescindibles del pensamiento marxista del que la inteligencia colectiva bolchevique y su jefe Lenin se reclaman herederos, son el Estado y la Revolución, nociones que juegan un destacado rol en la crítica integral del capitalismo que despliegan Marx y Engels. Ambas nociones casi siempre aparecen unidas orgánicamente en los textos de estudio y análisis específico que ellos le consagraron a ese problema, en el entendido de que toda revolución, para triunfar, necesita considerar seriamente la cuestión del Estado, pues éste aparece como una condición de posibilidad cuando es débil para contener los consensos y fuerzas de una sociedad, o como un límite cuando el Estado en su forma más puramente “leviatánica” es superior en fuerza y capacidad para construir la hegemonía o ejercer la coerción.

El mito aceptado socialmente respecto a los comunistas dice que éstos defienden una sociedad Estado-céntrica y totalitaria a la manera de 1984, pero lo cierto es que si algo plantea el programa comunista, más allá de “virginidades políticas”, es asumir el Estado como una realidad simbólica y material que dicta las claves sobre las que se asientan los acuerdos sociales fundantes de la sociedad capitalista. Por ello, defienden su destrucción mediante la revolución, y se proponen la construcción de uno nuevo bajo la orientación de nuevos sujetos y nuevas racionalidades históricas y políticas. La diferencia cualitativa entre éste y aquel Estado radica en que el Estado de la burguesía se construye para perpetuarse lo más posible, mientras que el de los comunistas se construye para extinguirse. Esto es parte de lo que dice la teoría marxista del Estado, pero la realidad como siempre es más compleja y excede por mucho esta pretensión, como veremos.

Este artículo presenta el análisis en tres partes. En la primera de ellas se intentará pintar el contexto de 1917, año en el cual se escribió la obra en discusión; en la segunda, se analizarán los ejes cardinales por los que fluye el planteamiento de Lenin; y en la tercera, se plantearán, a manera de tesis, algunas ideas preliminares sobre el Estado y la Revolución en nuestros días.

Si se logra mostrar “El Estado y la Revolución” como un hijo de su tiempo, evidenciar las muchas dificultades prácticas que en medio de contradicciones y tensiones enfrentan los

procesos de cambio social, y aportar algunas ideas que sirvan para el debate de esa cuestión en la actualidad, habrá valido la pena este intento que aquí se presenta.

### **1917 en la vida de Lenin: Los días que resumen años.**

El 22 de enero de 1917 en una conferencia dada a las juventudes socialistas de Zúrich con motivo del duodécimo aniversario del domingo sangriento de 1905, Lenin había declarado al terminar “Nosotros los viejos no veremos tal vez las batallas decisivas de la revolución futura”<sup>1</sup>.

Cincuenta y dos días después de pronunciada esta frase lapidaria, que tenía como telón de fondo la prolongación de la guerra imperialista, el embotamiento ideológico del movimiento revolucionario internacional y la difícil situación interna del partido, Lenin se enteraba por un colaborador suyo que la revolución en Petrogrado había estallado. Resignado como estaba en ese entonces a llevar en alto la antorcha del marxismo revolucionario hasta que las fuerzas se lo permitieran sin participar de los momentos definitivos, asumió una actitud de escepticismo frente a los titulares y telegramas, hasta que recibió una carta de Aleksandra Kolontái al día siguiente, que le puso en la dimensión de los hechos: la revolución efectivamente había estallado, la burguesía liberal estaba al frente y era menester impedir un desenlace semejante al de 1905. Desde entonces, la obsesión de Lenin fue llegar a Rusia a cualquier precio para ponerse al frente de su partido, que debía marchar según su plan a la vanguardia de los acontecimientos.

Stefan Zweig nos cuenta en su relato “El tren sellado” de la agitación que se vivía por esos días en la casa Ulianov-Krupskaya, ya que conforme iban apareciendo alternativas para atravesar la Europa en guerra, se iban descartando. Se imaginaron conseguir un avión que cubriera el tramo entre Suiza y Austria para evitar el paso terrestre por Alemania, conseguir pasaportes suecos y fingir incapacidad del habla para no tener que dar explicaciones a los funcionarios, pelucas, disfraces, falsificaciones y hasta usurpaciones de identidad, pero ninguna idea parecía del todo segura y el tiempo seguía su marcha. Por su parte, los liberales “kadetes” querían retrasar tanto como fuese posible la llegada de los revolucionarios radicales a suelo ruso; en cambio, no escatimaban esfuerzos en hacer llegar con honores a los moderados. En ese contexto, unos pocos días eran cruciales para el futuro del proyecto bolchevique, y de la desesperación llegó la idea del pacto con el gobierno alemán y el vagón sellado.

Mientras se establecían los contactos y negociaciones con el embajador alemán a través de un dirigente sindical suizo de nombre Fritz Platten, Lenin escribió un primer borrador de tesis sobre las tareas de los revolucionarios, en el cual expuso las célebres cinco “cartas desde lejos”<sup>2</sup>, y envió un telegrama a los bolcheviques que estaban regresando al país o que ya se encontraban en Petrogrado, con la síntesis de su pensamiento, para entonces, así:

---

<sup>1</sup> Gerard Walter, *Lenin* (Madrid: Ediciones Grijalbo, 1970), 275.

<sup>2</sup> Carta primera: La primera etapa de la primera revolución (20 de marzo de 1917); carta segunda: El nuevo gobierno y el proletariado (22 de marzo de 1917); carta tercera: A propósito de una milicia proletaria (24 de marzo de 1917); carta cuarta: ¿Cómo lograr la paz? (25 de marzo de 1917); carta quinta: Las tareas que implica la construcción del estado el proletario revolucionario (26 de marzo de 1917). A lo largo de estos textos, sobre todo en la carta quinta, se prefiguran y esbozan inicialmente algunas de las ideas que Lenin planteara después en “El estado y la revolución”.

Nuestra táctica: no confiar en el nuevo gobierno ni apoyarlo; desconfiamos especialmente de Kérenski; la única garantía es armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma [Municipal]; ningún acercamiento a otros partidos<sup>3</sup>.

Cuando el gobierno alemán aceptó las condiciones para el viaje, ya era 5 de abril. Por fin el 9 de ese mes salieron hacia Rusia 32 exiliados que viajaban en un vagón de tercera clase, quienes se convertirían en el más poderoso obús disparado contra el gobierno provisional. El 17 de abril, y después de sortear algunos contratiempos, llegaron a la Estación de Finlandia de Petrogrado, ubicada en el distrito de Viborg; allí los esperaba una nutrida delegación bolchevique y delegados del Soviet de la ciudad. A última hora llegaron a tomar parte en el recibimiento los marineros de Kronstadt –los mismos que se sublevaron en 1921 contra la República Soviética–, quienes esperaron en un salón aledaño para una corta recepción de bienvenida. Los curiosos esperaron que Lenin pronunciase un breve discurso saludando al gobierno provisional, pero se equivocaron: Lenin se extendió largo rato en una minuciosa exposición del primer borrador de “Las Tesis de Abril”, y no cesó de atacar al gobierno provisional, llamando a las masas del pueblo a dar inicio urgente a la segunda etapa de la Revolución.

En los meses siguientes se consolidaron los Soviets como institución del poder popular, confirmándose la tesis de Lenin según la cual en Rusia nacería un poder dual enfrentado: el que residía en las instituciones del poder burgués y el que residía en la capacidad organizativa y de convocatoria en cabeza de los Soviets, los cuales no fueron exclusivamente de obreros –como suele creerse–, sino también de estudiantes, campesinos, soldados, mujeres y pobladores urbanos, la mayoría de ellos bajo dirección conjunta de los mencheviques y eseristas. Por ejemplo, para julio de 1917, de los 882 delegados al Soviet de Petrogrado, 506 sumaban los mencheviques y eseristas y sólo 108 los bolcheviques, pero en los meses venideros tal situación se invirtió, y esa fue justamente una de las condiciones necesarias para el éxito de la insurrección bolchevique.

Mientras tanto, no hubo más que batallas, deslindes y polémicas, algunas victoriosas y otras momentáneamente perdidas para Lenin y su pequeño núcleo de dirección, presentándoseles varios retos como urgentes: convencer a sus propios seguidores de la justeza de sus ideas, reorganizar la maquinaria del partido que estuvo en lo fundamental desarticulada en el aspecto político y organizativo, adoptar medidas que permitieran adaptar a la militancia a las nuevas condiciones del trabajo, hacer frente a los debates con los socialchovinistas en el plano internacional, y no menos importante, eludir las acciones represivas del gobierno provisional que se intensificaron desde mayo, cuando la difusión de “Las Tesis de Abril” se hizo más amplia y la participación de Lenin en actividades públicas se hizo más notoria. El gobierno provisional hizo correr rumores, sobre todo entre el ejército, de que Lenin era un enviado de los alemanes, hasta el punto en que en Petrogrado se verificaron varias manifestaciones anti-leninistas que incluyeron apedrear varias sedes y locales del partido.

Los hechos siguieron girando dramáticamente. Primero vinieron las jornadas de julio en las que bolcheviques y anarquistas intentaron temprana y fallidamente deponer al gobierno provisional, lo que generó un escalamiento de la represión contra los revolucionarios e hizo que los militares conservadores, por miedo a las consecuencias de las revueltas, intentaran un golpe de estado en cabeza del general Kornílov. La situación alcanzó tal gravedad, que

---

<sup>3</sup> Richard Pipes, *La Revolución rusa* (Madrid: Debate, 2016).

Lenin tuvo que retirarse del centro de la acción y volver a la clandestinidad; por eso marchó primero a la frontera con Finlandia y después a la capital, y en estas condiciones terminó de idear y materializar el proyecto de “El Estado y la revolución”, para después actuar en la insurrección<sup>4</sup>.

### Lo central en “El Estado y la Revolución”

*Este folleto fue escrito en los meses de agosto y septiembre de 1917. Tenía ya trazado el plan del capítulo siguiente, del VII: “La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917”. Pero, fuera del título, no me fue posible escribir ni una sola línea de este capítulo: vino a “estorbarme” la crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre de 1917. De “estorbos” así no tiene uno más que alegrarse. Pero la redacción de la segunda parte del folleto (dedicada a “La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917”) habrá que aplazarla seguramente por mucho tiempo; es más agradable y más provechoso vivir la “experiencia de la revolución” que escribir acerca de ella.*

**Palabras finales de Lenin a la primera edición de “El Estado y la Revolución”,  
noviembre de 1917.**

Este texto, primordial en el pensamiento leninista, no puede entenderse de forma cabal sin entender cuatro motivaciones que animaron su escritura, al tiempo que establecieron un hilo de continuidad y coherencia con las ideas y obras que le precedieron:

En primer lugar, Lenin tuvo la necesidad de profundizar en la cuestión del Estado para establecer el sitio de éste en la nueva ecuación del poder global que emergía con la guerra, y que se ponía en evidencia a través de un nuevo sistema de dominación mundial: el imperialismo. Justamente en su libro de 1916 “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, señaló que la tendencia del Estado bajo esas condiciones era la configuración de una poderosa fusión con los monopolios internacionales en un fenómeno al que denominó capital monopolista estatal.

En segundo lugar, vio necesario deslindarse de las teorías chovinistas y patrioterías del Estado que, malinterpretando las enseñanzas de Marx, habían esgrimido por parte de varios destacados dirigentes de la II Internacional como defensa perfecta para su actitud de ponerse a la cola de las burguesías de sus respectivos países y participar en la guerra imperialista, algo que Lenin consideraba alta traición a los intereses de la Revolución.

En tercer lugar, para el autor, el imperialismo ponía a la revolución proletaria en el umbral de posibilidad para su realización a escala internacional, de ahí la importancia de revisar y balancear la teoría y experiencias marxistas respecto al Estado y la revolución e intentar ponerlas en juego en las nuevas condiciones.

Por último, Lenin, tras sus múltiples análisis de la coyuntura, intuyó que la crisis del régimen en su país inaugurada a comienzos de 1917 podría poner al orden del día una salida revolucionaria. Por eso su preocupación por dos problemas sobre los que indagó implícitamente en el texto y que se presentan inevitablemente en toda situación

---

<sup>4</sup> En ese tiempo del último exilio, Gerald Walter recoge una nota que Lenin envió clandestinamente a Kámenev y que la policía confiscó en uno de los allanamientos que hizo a la casa de uno de los revolucionarios. En ella se pidió por favor hacer llegar y cuidar con especial celo a través de un enlace del partido “el cuaderno azul que contiene mis observaciones sobre la concepción marxista del Estado que puede ser publicado tras una revisión rápida si me escabechan pronto”. Walter, *Lenin*, 458.

revolucionaria: ¿Cómo asegurar la destrucción del viejo régimen?, y ¿cómo hilar y mantener el nuevo?

La primera parte del texto está dedicada a una revisión exhaustiva de las obras clásicas del marxismo sobre el Estado a las que Lenin intenta poner en diálogo con la turbulenta situación de Rusia y Europa. Inicia examinando “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado” (1884), sigue con las síntesis que extrae Marx de las insurrecciones y levantamientos en Francia y Europa en lo que va del periodo de 1848 a 1851; luego se detiene y detalla el análisis de “La guerra civil en Francia” (1871) en el que Marx y Engels consignan sus balances y lecturas de la Comuna de París de 1871, que fue hasta 1917 la única experiencia revolucionaria proletaria triunfante y cuya existencia duró apenas dos meses; y, por último retoma algunas cartas, textos, prólogos y críticas escritas por Engels a finales del siglo XIX, en los que el socialista alemán intenta poner al corriente de los hechos, aclarar y ampliar el sentido genuino de las elaboraciones suyas y de Marx sobre esa materia. Una de las más importantes, la “Crítica al programa de Erfurt” (1891).

Las conclusiones esenciales de este ejercicio de contrastación en los que aparece claramente dibujado el movimiento dialéctico del conocimiento que va de la realidad a la teoría y de la teoría a la realidad, pasan por afirmar que:

1. El Estado sólo puede surgir como resultado de los enfrentamientos sociales y de clases que revisten un carácter antagónico en la sociedad.
2. El Estado, aunque procede de la sociedad, específicamente de la lucha en el seno de ésta, se escinde progresiva e irremediamente del conjunto de la sociedad hasta situarse por encima de ella.
3. El Estado se preocupa por guardar celosamente la apariencia de ser un organismo genérico, imparcial, policlasista y que concita el interés general, pero en el fondo de esa superficialidad su contenido lo dicta la clase más poderosa en la sociedad, precisamente la que ha logrado alzarse con la victoria en la lucha de clases, para dominar e imponerse sobre las demás.
4. El Estado es también materialidad en el sentido que ejerce el monopolio de la coerción y la hegemonía a través de estructuras, instituciones, milicias, cárceles, ejércitos, cuadros, mandos y burocracia, y en estrecha relación con la base económica específica de su sociedad.
5. El Estado entraña también un contenido ideológico, simbólico y cultural que se impone a través de consensos, leyes y disposiciones abstractas que todos aceptan pero que no reflejan más que el punto de vista de la clase dominante.

En paralelo a estos elementos de caracterización, Lenin siembra en su obra también sus puntos de vista respecto al comportamiento y actitud de la revolución proletaria frente al Estado, que según su sustentación sólo puede considerarse consumada en los hechos tomando el poder del Estado burgués para destruirlo y, en su lugar, edificar un Estado o semi-Estado –así lo llamó Lenin– bajo la omnímoda dirección proletaria, que empiece su proceso de autodestrucción o extinción liberando las inmensas fuerzas materiales y sociales que se hallan sometidas en la sociedad de clases. La forma de relacionamiento de este Estado o semi-Estado con las demás clases y sectores de la sociedad sería la dictadura proletaria que, lejos de todo prurito totalitario o autoritario, se entiende como el ejercicio pleno de la nueva condición dominante del proletariado y del fortalecimiento de sus capacidades en el manejo

de las técnicas de Estado, para sostenerse en el poder a fin de llevar a cabo la transformación social revolucionaria comunista.

En este punto, el texto sugiere medidas concretas traídas de las experiencias del siglo XIX y comienzos del XX: la supresión del ejército permanente, el establecimiento de salarios obreros para los funcionarios y burócratas, la elección y revocatoria libre de los funcionarios del nuevo Estado y la fusión de las funciones del ejecutivo y legislativo. Ya en un texto previo escrito en abril de 1917, denominado “Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado”, Lenin se había mostrado partidario de algunas de esas medidas.

Sin embargo, una vez realizada la insurrección, los hechos fueron mostrándoles a Lenin y a los bolcheviques que para perdurar en la revolución debían enfrentar y asumir contradicciones en todos los frentes, aun con el propio ideario marxista del Estado, y que para gestionarlas era fundamental hablar y adaptarse a las demandas específicas de la época. Aquí la racionalidad del revolucionario sufre un vuelco del jacobinismo al que Pablo Iglesias llama el momento del “genio bolchevique”: la lógica del estadista que tiene que cuidar y conservar lo nuevo para que pueda desarrollarse en el futuro.

Esta inflexión puso en evidencia que, como siempre, la teoría marcha a la zaga de la realidad por muy rápida que sea su carrera. De un lado, se hizo imposible la abolición de la policía y del ejército permanente; muy al contrario, se creó el Ejército Rojo de obreros y campesinos, pues la recién creada República Soviética de Rusia<sup>5</sup> sufrió el asalto desestabilizador de ejércitos combinados de rusos antibolcheviques y efectivos de 14 países diferentes que servían a las tesis del presidente norteamericano Woodrow Wilson de establecer un cordón sanitario para evitar la expansión del virus del comunismo, y del ministro británico Winston Churchill, que hablaba de ahogar al bebé en la cuna. De otro lado, la pretensión de remuneración obrera para los funcionarios del Estado tampoco pudo realizarse, pues las difíciles condiciones económicas del país obligaron la contratación de técnicos –muchos de ellos extranjeros– que pusieran en marcha la maquinaria productiva y que cobraban salarios muy elevados. La fusión de las funciones ejecutivas y legislativas del gobierno se alcanzó parcialmente durante el periodo de noviembre de 1917 a 1937 a través del Congreso Panruso de los Soviets que, en lo sucesivo, experimentó varias transformaciones institucionales que le fueron dejando como un escenario legislativo con algunas menguadas funciones ejecutivas, hasta que se transformó en el Soviet supremo con características básicamente parlamentarias.

La más notoria de todas las ideas no materializadas fue la de la extinción progresiva del Estado, toda vez que desde el triunfo de la Revolución, el Estado como aparato hegemónico para garantizar la conservación del poder en manos de los bolcheviques no cesó nunca de fortalecerse y ampliarse. Este hecho contradictorio con las ideas del Estado y la revolución es explicable por el contexto de nacimiento de la RSFR primero y de la URSS después, ya que la época del imperialismo y del ascenso del capital monopolista estatal fortaleció el rol de los estados en el mundo entero, y si el gobierno revolucionario quería mantenerse y competir en ese concierto internacional por un lugar, debía asumir los códigos del momento, que pasaban por la construcción de estados fuertes y capaces de detentar en

---

<sup>5</sup> Después del triunfo bolchevique, la nueva nación, por lo poroso de sus fronteras territoriales y por lo inestable de su situación interna, no tuvo nombre oficial hasta cinco meses después en que asumió la denominación de República Soviética de Rusia, empleado para concurrir a las negociaciones de paz con Alemania en marzo. En julio, la primera constitución soviética consagró el nombre de República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

sus manos los hilos del poderío económico, social, político y cultural, pero como es ampliamente conocido, la excesiva burocratización y pesadez del Estado fue a la postre una de las condiciones que propició la derrota de la revolución.

Como se ha visto hasta aquí, las revoluciones no siguen ningún libreto o trama preestablecida. La teoría puede arrojar algunas luces sobre su realización y desarrollo, pero la tectónica social que las permite no es todavía predecible ni para el más entrenado de los científicos sociales. Por eso ninguna revolución es repetible, pero al mismo tiempo las revoluciones son inevitables para todos los pueblos y sociedades. En mi opinión, la inmensa capacidad de Lenin y los bolcheviques para desafiar todo, incluidas sus propias premisas e ideas y poner en movimiento un pensamiento de principios, pero flexible, habla de una cualidad de todo buen revolucionario que aspire a dejar de lado las excusas y las elucubraciones abstractas y en cambio se atreva a ganar.

### **Pensar “El Estado y la Revolución” en nuestros días**

A continuación, se presentan, a un nivel todavía muy básico de elaboración, algunas ideas importantes para abrir un necesario debate entre el campo revolucionario sobre cuáles serían los aspectos constitutivos de una nueva y renovada proyección estratégica de la lucha por la revolución en el mundo en que nos tocó vivir, que en forma indiscutible deberá incluir la cuestión del binomio Estado-Revolución:

1. El Estado cumple un nuevo rol en la globalización imperialista en la medida en que los vínculos mediante los que se relacionan cada vez más estrechamente los estados y los mega-monopolios imperialistas han aumentado en calidad y cantidad. Este entrelazamiento se ha hecho más explícito durante los últimos treinta años, como directa consecuencia de los cambios sociales, económicos, políticos y culturales que se han suscitado en el mundo tras el derrumbe del bloque socialista. El Estado pasó de ostentar un rol de absoluta e indiscutida centralidad a lo largo del siglo XX –que lo convirtió en el contenedor fundamental de la vida social en todas sus dimensiones– a compartir la hegemonía con los monopolios y transnacionales, en relaciones de relativo equilibrio en algunos casos y supeditado y sometido por las fuerzas del mercado en otros.
2. Las revoluciones son más que un acto, aunque por regla general la atención de los estudiosos y del mismo campo revolucionario se centre en el estudio de las insurrecciones, ofensivas, batallas y coyunturas definitivas que deciden el pulso histórico entre las fuerzas en contienda, porque resultan más pirotécnicas y atractivas. No obstante, no debe perderse de vista que las revoluciones son ante todo procesos cuyas lecciones y riquezas deben captarse en la larga duración del desarrollo de las contradicciones que lo animan.
3. Una revolución triunfante es siempre la síntesis de muchas revoluciones que detonan simultáneamente y movilizan a amplias capas de la población a la lucha. Así, aunque una revolución la dirija la clase obrera y sea ésta la que ponga las cuerdas principales del proceso, para alzarse con la victoria la revolución obrera tiene que ser la revolución de las mujeres, los campesinos, los tenderos, los soldados, etc.
4. Siguiendo la idea esbozada por Marx y Engels en la tercera parte de la introducción a “La ideología alemana” (1846),

para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases<sup>6</sup>.

Es decir, una revolución no es solamente el acto de desalojar del poder a una clase o llevar a cabo una maniobra que concrete el traspaso de la dirección de la sociedad a otras manos; se necesita que ésta sea el inicio de una profunda y escalada transformación de los valores dominantes y la cultura.

5. Para destruir efectivamente la maquinaria del Estado dominante, toda revolución tiene que ser capaz de anidar en el seno de la vieja sociedad nuevas formas sociales que prefiguren la sociedad futura y pongan en escena las nuevas fuerzas protagonistas de las transformaciones y su poderío inmanente. El caso de los Soviets en la Revolución soviética, las bases de apoyo en la Revolución china y de las fábricas recuperadas en Chile antes y durante el gobierno de Salvador Allende, son algunos ejemplos claves de esta importante cuestión.
6. Sin embargo, la idea de construir poder popular o desde abajo no debe conducir a un autonomismo desarticulado y sin perspectiva, que menosprecie o rebaje la importancia de la captura del poder del Estado y su destrucción. Es necesario recordar siempre que el poder popular debe ser un arma que permita golpear la fuerza de las costumbres y relaciones sociales, que son el pilar del Estado de cosas dominantes y las clases hegemónicas que lo sustentan.

Ojalá que las ideas aquí expresadas, afincadas indiscutiblemente en una perspectiva académica militante, sirvan para abrir la necesaria discusión que nos ayude, de un lado, a repensar y redimensionar la importancia histórica de la Revolución soviética para la humanidad y, de otro, nos deje ver con toda su potencia las lecciones del pasado para transformar el presente.

---

<sup>6</sup> Carlos Marx & Federico Engels, *La ideología alemana*, trad. por W. Roces (Montevideo: Pueblos Unidos, 1959).

## Bibliografía

Andrade, Juan y Fernando Hernández, eds. *1917, la Revolución rusa cien años después*. Madrid: Editorial Akal, 2017.

García Linera, Álvaro. “Del Estado y la Revolución al Estado de la Revolución”. Conferencia, Banco Central de Bolivia, 6 de mayo de 2016.

Gutiérrez Sanín, Francisco. *Relámpagos de la historia: Revolución rusa 1917 o del zar a los soviets gracias al marxismo*. Medellín: Editorial Forja, 1980.

Lenin, Vladimir. *El Estado y la Revolución*. Moscú: Editorial Progreso, 1955.

\_\_\_\_\_. *Obras completas*, Tomos XXX- XXXV. Madrid: Editorial Akal, 1970.

Marx, Carlos y Federico Engels. *La ideología alemana*. Trad. por W. Roces. Montevideo: Pueblos Unidos, 1959.

Pipes, Richard. *La Revolución rusa*. Madrid: Debate, 2016.

Walter, Gerard. *Lenin*. Madrid: Grijalbo, 1970.